

El tabernáculo (25.1—27.21)

Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos. Conforme a todo lo que yo te muestre, el diseño del tabernáculo, y el diseño de todos sus utensilios, así lo haréis (25.8–9).

En el monte Sinaí, Moisés recibió los Diez Mandamientos junto con instrucciones acerca de cómo construir un lugar de adoración para los israelitas. Anteriormente, los hombres habían adorado ante altares. Dios no tenía edificio alguno que le diera cobijo a Él. Pablo les dijo a los atenienses: «El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas» (Hechos 17.24–25).

No era que Dios tuviera necesidad de un lugar en el cual vivir. Él ordenó la construcción del tabernáculo, una enorme tienda de reunión, como símbolo de Su presencia. Dios le advirtió a Moisés: «Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte» (Hebreos 8.5). El tabernáculo debía ubicarse en el centro del campamento de los israelitas, del mismo modo que Dios debía estar en el centro de sus vidas.

La construcción de este tabernáculo era un modelo o sombra del servicio del cristiano a Dios. En Hebreos 10.9, se nos dice que la antigua ley de Moisés fue quitada para dar lugar a la ley de Cristo: «... quita lo primero, para establecer esto último». También leemos: «Porque la ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan» (Hebreos 10.1).

Pablo dijo que incluso los festivales y días de adoración de los judíos eran una sombra de los cosas que tenemos en Cristo: «Por tanto, nadie os juzgue en comida o bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir; pero el cuerpo es de Cristo» (Colosenses 2.16–17). Las palabras que Pablo usa aquí tienen un gran significado. Los actos de adoración que los judíos observaban (es probable que la adoración llevada a cabo en el tabernáculo también) fueran solamente una sombra (del griego *skia*) —una insinuación, una imitación, una copia. ¡La realidad, o cuerpo (del griego *soma*), se encuentra en Cristo!

El escritor de Hebreos, refiriéndose a la importancia del tabernáculo para los cristianos, expresó que el tabernáculo es una sombra, una silueta, un anuncio del futuro. ¡El tabernáculo, en todo su esplendor, era el anuncio de algo más grande, de lo verdadero, de Jesucristo!

SUS UTENSILIOS

El utensilio más sagrado que se colocaría dentro de la estructura de la tienda era el arca del pacto:

Harán también un arca de madera de acacia, cuya longitud será de dos codos y medio, su anchura de codo y medio, y su altura de codo y medio. Y la cubrirás de oro puro por dentro y por fuera, y harás sobre ella una cornisa de oro alrededor. Fundirás para ella cuatro anillos de oro, que pondrás en sus cuatro esquinas; dos anillos a un lado de ella, y dos anillos al otro lado. Harás unas varas de madera de acacia, las cuales cubrirás de oro. Y meterás las varas por los anillos a los lados del arca, para llevar el arca con ellas. Las varas quedarán en los anillos del arca; no se quitarán de ella. Y pondrás en el arca el testimonio que yo te daré. Y harás un propiciatorio de oro fino, cuya longitud será de dos codos y medio, y su anchura de codo y medio. Harás también

dos querubines de oro; labrados a martillo los harás en los dos extremos del propiciatorio. Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el propiciatorio harás los querubines en sus dos extremos. Y los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con sus alas el propiciatorio; sus rostros el uno enfrente del otro, mirando al propiciatorio los rostros de los querubines. Y pondrás el propiciatorio encima del arca, y en el arca pondrás el testimonio que yo te daré. Y de allí me declararé a ti, y hablaré contigo de sobre el propiciatorio, de entre los dos querubines que están sobre el arca del testimonio, todo lo que yo te mandare para los hijos de Israel (25.10–22).

A diferencia de las naciones que les rodeaban, las cuales tenían ídolos y representaciones de sus dioses, Israel tenía un Dios invisible. Él no debía ser representado en la forma de ser creado alguno. Más adelante, Jesús habría de ser la imagen de Dios (2ª Corintios 4.4), sin embargo el tabernáculo no tenía representación visual de Dios. Cualquier ídolo sería insuficiente. Los israelitas pusieron en el Lugar Santísimo, la habitación de Dios, tan sólo un cofre con una cubierta de oro sobre él, y las alas de los querubines proyectando su sombra sobre ella, los cuales eran probablemente criaturas aladas con cabeza de león.

El arca, que estaba en el Lugar Santísimo, estaba separada del exterior por una cortina y las paredes de la tienda. El velo que había entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo, era una hermosa pieza cosida, hecha de hilo azul, púrpura, carmesí y lino torcido, con querubines entretejidos en ella. El velo colgaba de unos corchetes de oro sobre cuatro columnas de madera de acacia cubiertas de oro. Las cubiertas de azul, púrpura y carmesí, también tenían querubines entretejidos en ellas. Delante del velo estaba puesto el altar del incienso, el cual el sumo sacerdote debía quemar cada mañana como ofrenda de olor santo a Jehová. Había un candelero a la izquierda y una mesa para el pan de la proposición a la derecha, los cuales estaban cercados por diez cortinas. Este era el Lugar Santo. Afuera, en el atrio, había una fuente de bronce y un altar, también de bronce, para las ofrendas quemadas. En el tabernáculo se usaron las más finas telas y los más hermosos metales —oro, plata y bronce. Entre más cerca estaba un objeto del Lugar Santísimo, más finos eran los metales que se usaban para hacerlo. El oro era el metal preferido en el Lugar Santísimo.

Hay tres características del tabernáculo que nos impresionan:

SU HERMOSURA

La hermosura de nuestro Dios se refleja en esta

estructura para la adoración. Antes de que Dios ordenara la construcción del tabernáculo, Él dejó que los líderes de Israel lo miraran a Él, aunque de modo restringido, y observaran su hermosura.

Y subieron Moisés y Aarón, Nadab y Abiú, y setenta de los ancianos de Israel; y vieron al Dios de Israel; y había debajo de sus pies como un embaldosado de zafiro, semejante al cielo cuando está sereno. Mas no extendió su mano sobre los príncipes de los hijos de Israel; y vieron a Dios, y comieron y bebieron (24.9–11).

Dios fue indescriptible excepto por el hermoso embaldosado de zafiro sobre el cual Él andaba. El salmista escribió acerca de la hermosura de Dios:

Una cosa he demandado a Jehová, ésta buscaré;
Que esté yo en la casa de Jehová todos los días
de mi vida,
Para contemplar la hermosura de Jehová, y
para inquirir en su templo (27.4).

De Sion, perfección de hermosa,
Dios ha resplandecido (50.2).

En Salmos 90.17, se lee: «Sea la luz de Jehová nuestro Dios sobre nosotros, ...». La palabra «luz» que aparece en este pasaje, es la misma que se traduce por «hermosura» en los dos pasajes de arriba. Nuestro Dios es un Dios de hermosura. ¿Acaso podemos mirar a su creación sin quedarnos admirados de su majestad y absoluta hermosura? ¡Este es nuestro Dios! Otro significado que tiene esta palabra es «lo agradable». La hermosura de Dios produce de modo simultáneo serenidad, gozo y vigor. La imponente hermosura del tabernáculo, con sus finos tejidos y preciosos metales, refleja la hermosura de Dios.

Los serafines que se encuentran delante de la presencia del Todopoderoso cantan gozosamente: «¡Santo, Santo, Santo Dios Todopoderoso!». Dos características que distinguen al tabernáculo son la hermosura y la majestad. Esta misma hermosura y majestad se observan en la vida y enseñanzas de Jesús. Las personas se maravillaban de la hermosura y sencillez con las que Jesús enseñaba. Una de las razones por las que creo en Jesús es la hermosura de sus enseñanzas. ¡Ningún filósofo en toda la historia de la humanidad, ha hablado como Éste que nos dio las bienaventuranzas! No hay quien pueda disputar la hermosura ni la veracidad de sus palabras.

SUS LÍMITES

¿Por qué había cortinas impidiendo que los israelitas vieran este hermoso lugar? El tabernáculo representaba la santidad de Dios, y la santidad

demanda que se le pongan límites. Cuando Moisés estuvo en el monte Sinaí con Dios, Dios le ordenó que nadie siquiera tocara el monte. ¿Por qué? Éste era divino o sagrado. La santidad de Dios debía ser respetada; nadie podría mirar a Dios y vivir. Dios dijo: «No podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y viviré» (33.20).

Cuando Gedeón se dio cuenta de que estaba viendo a un ángel del Señor, él dijo: «Ah, Señor Jehová, que he visto al ángel de Jehová cara a cara». Y Jehová le contestó: «Paz a ti; no tengas temor, no morirás» (Jueces 6.22–23). ¡Isaías creyó que iba a morir cuando vio la gloria de Dios! (Isaías 6.5). ¡Tal presencia debió haber tenido algo de sobrecogedora! La majestad de Dios es temible y poderosa. La más cercana analogía en términos humanos es la del Sol. El Sol nos calienta y nos da luz; pero si lo miráramos nos cegaríamos. Sin su energía no sobreviviríamos, sin embargo puede quitarnos la vista.

Los límites impedían que las personas entraran en la santa presencia de Dios protegiéndolas. Su amor por nosotros le produce el deseo de tener comunión con nosotros. Esta fue la razón por la que envió a Jesús. Antes que Jesús viniera, había límites. En el culto que se llevaba a cabo dentro del tabernáculo, solamente una vez al año podía el sumo sacerdote, y nadie más, entrar en el Lugar Santísimo. El cristiano puede venir delante de la presencia de Dios en cualquier momento. Pablo explicó esta bendición que ahora tienen los cristianos en una relación personal con Dios:

... [por Jesús] tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios (Romanos 5.2).

... porque por medio de [Cristo] los unos y los otros tenemos entrada por un mismo Espíritu al Padre (Efesios 2.18).

[En Cristo] tenemos seguridad y acceso con confianza por medio de la fe en él (Efesios 3.12).

Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, por el camino nuevo y vivo que él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne, y teniendo un gran sacerdote sobre la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura (Hebreos 10.19–22).

SU FUNCIÓN VINCULANTE

El tabernáculo no fue construido para beneficio de Dios, sino del hombre. Su propósito era mostrarle al hombre cuánto lo ama Dios y cuánto desea ocupar

un lugar importante en su vida. El tabernáculo tenía el honroso privilegio de ocupar el lugar central del campamento de todos los israelitas. Era un símbolo del cuidado de Dios, un símbolo de la importancia de la presencia de Dios en el diario vivir, un símbolo del vínculo que une a Dios con su pueblo.

Aun más hermosa que este tabernáculo es la realidad de Jesucristo mismo. Jesús era más que un símbolo de la forma como Dios se extendía al hombre; Él es el camino verdadero, por el cual el hombre ha de venir a Dios. Él dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida;...» (Juan 14.6).

CONCLUSIÓN

Una historia de Sorën Kierkegaard cuenta de un rey que amaba a una doncella pobre. No era éste un rey cualquiera. Los estadistas temblaban ante su poder, pues tenía la fortaleza suficiente como para aplastar a todo el que se le opusiera. Este poderoso rey estaba enternecido por el amor que le profesaba a la humilde doncella, sin embargo su condición de rey le impedía declarar su amor a ésta. Traerla a palacio, colmarla de joyas y vestirla con sus vestidos reales, eran acciones a las que seguramente ella no se resistiría. Nadie se atrevía a oponersele, pero ¿le correspondería ella con amor? Ella diría que lo amaba, pero ¿sería ese un amor verdadero? ¿Viviría ella con él, llena de temor en su corazón por el resto de su vida? ¿Cómo iba a poder saber él que ella sería feliz a su lado?

Si viajara en su carruaje real hasta la cabaña de ella, con una guardia armada, ello la abrumaría. No era una súbdita servil lo que él deseaba. Deseaba a alguien que lo amara, alguien igual a él.

«El amor es el único sentimiento que puede volver igual lo desigual», concluyó Kierkegaard. Convencido de que no podía elevar la doncella hasta su estatus, sin robarle su libertad, el rey se decidió a descender. Se vistió de mendigo y se acercó a ella de incógnito. No fue que se puso un disfraz, sino que adoptó una nueva identidad. Renunció a su trono para ganarse la mano de ella.¹

Lo que Kierkegaard expresó en forma de parábola, Pablo lo expresó en las siguientes palabras acerca de Jesucristo:

... el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses 2.6–8).■

¹ Phillip Yancey, *Disappointment With God (Decepción con Dios)* (Grand Rapids, Mich.: Zondervan, 1988), 103–4.